

MORENO CALDERÓN, J. M: *Rafael Orozco. El piano vibrante*

Almuzara, 2016 (336 páginas).



La carrera de un gran intérprete tiene una dimensión temporal que estalla en la espectacularidad de su culminación y se atenúa cuando el tiempo lo convierte en memoria. Memoria sí, pero memoria viva que sirve de ejemplo a través de las generaciones y, por ello mismo, se va constituyendo en leyenda.

Está claro que, con los intérpretes del pasado, esa memoria era puramente oral y se convertía en mítica. Hoy día, desde hace ya más de una centuria, el intérprete puede dejar también un testimonio sonoro que antes resultaba imposible. Pero nada puede sustituir a un concierto en vivo y, además, la interpretación musical comparte con la composición el hecho de ser temporal, de pertenecer a un aquí y un ahora. A un momento que puede servir de ejemplo y enseñanza pero que nunca podrá detener el transcurso del tiempo. «[Detente instante, eres tan bello

l- (Verweile dock! Du bist so schon!], se dice en el segundo Fausto goethiano. A lo que Stockhausen opondría su « wie die Zeit vergeht» ( ... como fluye el tiempo). Por mucho que las escuelas perduren y los ejemplos guíen, la interpretación evoluciona, cambia, incluso su repertorio se va aumentando y nunca podremos saber qué haría un Sarasate con el Concierto n.2 de Bartok. Si pudiéramos detener el tiempo, siempre podríamos gozar de las interpretaciones de Rafael Orozco. Pero, al mismo tiempo, no podemos resignarnos a conservar sólo una memoria, a escuchar unos discos, a rememorar unas actuaciones a través de los que las presenciaron... que también, poco a poco, se van marchando. María Zambrano afirmaba que no es posible enamorarse de las cosas que pasan sin llorar por su desvanecimiento, que viene a ser una glosa de la rotundidad del verso de Antonio Machado: «Se canta lo que se pierde».

Todo lo anterior nos ilustra sobre la absoluta pertinencia de este libro. Al igual que los héroes antiguos debían tener un bardo que perpetuara sus gestas, los grande músicos, y me atrevería a decir que aún más los intérpretes, necesitan del gran musicólogo que sepa explicarlos, ahondar en su esencia y transmitirlo a los demás. Rafael Orozco estaba esperando desde hace ya tiempo, como el arpa becqueriana, la mano de nieve que supiera arrancar sus son es. Y nadie mejor que Juan Miguel Moreno Calderón para abordarlo. Él es un gran musicólogo, un músico de verdad y, por añadidura, la persona de gran cultura que se necesitaba para una tal empresa. Él ha dedicado mucho años de su vida investigando en la vida

y aportación del gran pianista cordobés, su paisano, y seguramente la personalidad musical más brillante e internacional que la música cordobesa ha producido a lo largo del siglo XX.

No era fácil historiar la figura de Rafael Orozco. o tuvo descendientes directos y la documentación pertinente hay que perseguirla a través de las más variadas fuentes y en los lugares más dispersos. Hace falta la paciencia, dedicación, sabiduría y contumacia de Juan Miguel para no arrojar la toalla antes de tiempo sino, al contrario, asumir todas la dificultades y acabar felizmente de coronar una travesía que colma cualquier expectativa y deja atrás los malos momentos y los trabajos. Ya decían los latinos eso, tan obvio pero agradable, de *Finis coronat opus*.

El autor de este fundamental libro nos da una enorme información sobre cosas que, como mucho, sabíamos fragmentariamente. Ha buceado en los primeros pasos del gran pianista, en su formación desde el principio y todas las primeras etapas de una carrera luego fulgurante. Tampoco era fácil reunir toda la información disponible -y él lo ha hecho- sobre los años estelares de Orozco toda vez que estos se desarrollaron principalmente en escenarios internacionales de lo más diverso. Pero aquí tenemos plenos detalles de ellos. Y creo que es muy importante el señalar algunos hitos discográficos pues esa es una fuente a disposición de quienes no pudieron escucharle en directo. aturalmente, todo culmina en la mítica Iberia albeniciana pero hay mucho más en su derredor. También es importante el análisis de su arte pianístico enmarcado en el contexto en el que se produjo y el análisis de un repertorio que era en realidad inmenso y muchísimo más abierto de lo que muchas veces se ha creído e incluso sostenido.

Nos encontramos ante un trabajo musicológico de enorme magnitud. Pero, al mismo tiempo, y nadie huya al pensar que el valor musicológico lo convierte en un mamotreto inabordable, ante un libro que puede resultar apasionante porque es una historia viva, trasluce el esfuerzo y el valor de un ser humano, y nos ilustra ampliamente sobre una trayectoria artística impecable e implacable. Por si fuera poco, Juan Miguel Moreno Calderón lo sabe contar muy bien y escribe magníficamente. Posee las herramientas para que el legado de Rafael Orozco pueda ser apreciado y gustado por las gentes más diversas.

No se trata de un plúmbeo tratado para especialistas, tampoco de un arcano discurso apto únicamente para músicos. Es un libro oportuno para cualquiera que se quiera acercar a la carrera y legado de un cordobés universal. Para que lo lean musicólogos, músicos, aficionados y simples curiosos. Como diría Don Quijote, «gentes de a pie ya caballo». Porque además de tener un valor para la historiografía musical de todo el mundo y, por supuesto, de España, ésta es la historia de un talento cordobés trazada por otro cordobés talentoso y, por consiguiente, se convierte en uno de los trabajos más brillantes y fundamentales sobre las artes cordobesas que se hayan realizado en bastantes años.

No revelo nada oculto si indico que este trabajo surge de una tesis doctoral, pero sí es interesante ver cómo un docto trabajo universitario se ha ido convirtiendo en un libro para todos los público, que se puede leer desde la perspectiva de las personas más cultas hasta la capacidad de las gentes sencillas que quieran acercarse a Rafael Orozco como cordobés ilustre. Los grandes libros tienen siempre muchos niveles de lectura y é te por supuesto, también.

Tuve el honor de ser admirador, amigo y fan de Rafael Orozco; también el privilegio de que tocara mi música. A Rafael lo tengo siempre en la memoria, como a otros amigos musicales del alma que ya se han ido. Y me cabe el orgullo de ser amigo de Juan Miguel Moreno Calderón. Siempre dije que era un sabio. Pero los sabios verdaderos suelen ser también sencillos. Y así ha hecho él este libro: sabio y sencillo. Doblemente importante.

Tomás Marco

